



Galería de Papel. Caricatura. Eduardo Sanabria (EDO). 2004.

La raya en la retina

Los medios de comunicación
y las metáforas de la vida pública
venezolana de 1958 a 2003

Quiero comenzar pidiendo a los lectores que recuerden o imaginen una fotografía que apareció publicada el 24 de enero de 1958 en *El Nacional*. Tres hombres posan ante la cámara. Cada uno sostiene una copa de champagne. A la izquierda, Rómulo Betancourt mira a la cámara. Está firmemente parado. Su actitud emana una extraordinaria seguridad en sí mismo. Jóvito Villalba está en el centro, el cuerpo ladeado hacia su izquierda. En su mano derecha sostiene la copa. En la otra, un fajo de papeles. Villalba también sonríe, pero no mira a la cámara, sino que está en actitud de leer lo que tiene en su mano. Caldera es el tercer hombre de la fotografía, a la derecha, también sonriente y sin corbata. La suya es compostura: de lado, impoluto.

Obviamente aquellos hombres estaban contentos: el dictador había tenido que huir el día anterior, el 23 de enero de 1958. Pero más importante que las sonrisas y las copas, es el hecho de que se hayan retratado juntos. Porque esa es justa-

mente la metáfora fundadora del período que se inicia en 1958: la de la unidad como la consideración mayor, la actitud ineludible, inevitable, de todas las fuerzas políticas y sociales que habían combatido a la dictadura.

Esa imagen, así lo creo, es la que guarda mayor valor iconográfico entre las muchas imágenes fundacionales que podrían escogerse y compararse. En primer lugar, porque es una trinidad, que reúne a nuestra figura paterna y fundamental, Rómulo Betancourt, pero también a dos de los arquetipos más reiterados de la vida pública en Venezuela y América Latina: al genio apolíneo y sin meta que fue Villalba, y también, a esa tortuga persistente e implacable que ha sido Caldera.

Pero la maravilla de ese retrato es su talante anticipador: no basta con decir que se adelantó por diez meses a la emblemática imagen de Punto Fijo, sino que, de alguna manera, ese 24 de enero quedó establecido frente al país, que aquellos hombres insignia habían entendido y aceptado que la nación les exigía unidad por encima de cualquier otra consideración. De no

A partir del recuerdo de una fotografía publicada en el diario El Nacional en las primeras horas de la democracia venezolana, luego del derrocamiento del dictador Marcos Pérez Jiménez, Nelson Rivera relata cuáles han sido las metáforas que sucesivamente han presentado los medios de comunicación en las últimas décadas, a saber, unidad y optimismo en los primeros años, para luego vivir a partir de 1983 la debacle con las metáforas de la desconfianza, el desencanto, la violencia y la muerte. Concluye el autor advirtiendo que los medios de comunicación o se revisan, o se convertirán en la raya más gruesa y amorfa en la retina del ciudadano.

■ Nelson Rivera

haber sido así, no tendríamos para la posteridad, ni la fotografía, ni tampoco el dato cultural de que los tres, en redonda comprensión de lo que ese momento significaba, hayan estado dispuestos a chocar sus copas frente al país, nada menos que con champagne.

Una revisión de *El Universal*, *Últimas Noticias* y *El Nacional* de aquellas semanas y meses que arrancan el 23 de enero de 1958, me permite ensayar, que la idea de país unido, de sociedad hilvanada por acuerdos considerables, constituye el más poderoso reflejo que los medios recogen y promueven al inicio de la Democracia.

Es tan plena e insistente la luz de la unión, de la "concordia sobre los principales deseos del pueblo" como escribió Luis Beltrán Prieto, que ni el retiro del partido Unión Republicana Democrática (URD) de la coalición gubernamental en agosto de 1960, logra impedir que, unos meses más tarde, cuando Betancourt firma la promulgación de la nueva Constitución, el 23 de enero de 1961, la misma lleve la rúbrica del consenso, no sólo de Acción Democrática y COPEI, sino también de URD, del Partido Comunista de Venezuela y del Movimiento de Izquierda Revolucionario.

II

Diseñado ya el nuevo país, vienen unos años que, vistos desde ahora parecen de una enorme complejidad, pero que deben haber sido de una extraordinaria intensidad y vértigo para quienes fueron sus protagonistas.

Comienzan a florecer, de forma rápida y extendida, los primeros síntomas de lo que será uno de los signos, de los más reiterados tópicos de los medios de comunicación en Venezuela, a lo largo de dos décadas: hablo del optimismo, que es la segunda gran metáfora que los medios de comunicación han aportado a una posible historia de sus complejas relaciones con la Democracia.

Son muchos los elementos que podrían poner de rodillas a esta idea que estoy ensayando. Pero lo que yo he encontrado, otra vez revisando los tres grandes periódicos que mencioné, pero además, un considerable lote de ejemplares del diario *El Mundo* de aquellos años (El Mundo comenzó a circular el 3 de febrero de 1958), es que a pesar de los múltiples atentados, de la división de AD, del bombazo en contra del mismísimo Presidente Betancourt, el Portañazo, el Carupa-

66

**Por debajo y todos los días,
de forma muy consistente, trabajo
de hormiguita de los periodistas
y los medios de comunicación,
se fue construyendo como una
especie de corriente subterránea,
cada vez más amplia y documentada,
la idea de un país con
enorme potencial y futuro,
es decir, de una sociedad que tenía
derecho a sonreír y a tener una
visión optimista**

99

nazo, el asalto al buque Anzoátegui, de los secuestros a Alfredo Di Stéfano y a Michel Smolen, el asalto al Tren del Encanto; a pesar de la política quita y pon que se practicó con las garantías constitucionales, y más tarde, de la conmoción que significó el caso de las desapariciones forzadas y la aparición, días más tarde, del cadáver de Alberto Lovera, mientras estos hechos terribles, potentes y explosivos se producían, por debajo y todos los días, de forma muy consistente, trabajo de hormiguita de los periodistas y los medios de comunicación, se fue construyendo como una especie de corriente subterránea, cada vez más amplia y documentada, la idea de un país con enorme potencial y futuro, es decir, de una sociedad que tenía derecho a sonreír y a tener una visión optimista de la vida personal y de la vida pública.

Sostengo que, mientras en la superficie se producía un debate muy duro, por cierto hecho de grandes dilemas, de preguntas épicas (democracia o dictadura; izquierda o derecha; vía pacífica o vía militar; democracia o revolución), que mantenía ocupada mucha de la energía y del espacio psicológico de los ciudadanos, y también del periodismo, aquel debate mayúsculo parecía no ahogar del todo, a diferencia de lo que ocurre hoy en nuestro país, al resto de las expresiones o los esfuerzos de las personas o las instituciones.

La campaña de alfabetización y el desarrollo de una infraestructura educativa; la concepción y materialización de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP); un intangible que llenaba de entusiasmo a muchos voceros, llamado "las nuevas relaciones con Estados Unidos", y que no era más que la promesa de un incremento del intercambio comercial con ese país; Alcasa, El Gurí, Venalum, El Tablazo, El Banco de Los Trabajadores (entidad que, en efecto, resultó a la postre "algo más que un banco"), todos esos anuncios iban llenando un espacio en la información y la opinión, que hacía contrapeso a la voladura de los oleoductos en Anaco y Cantaura, al cierre de la revista Venezuela Gráfica, o al desproporcionado ataque aéreo a las montañas de El Bachiller. La modernización del país avanzaba con prédica reconfortante, a pesar de la sangre que todavía a mediados de los años sesenta se desparramaba en distintas zonas del país.

Digo entonces, que a la metáfora fundadora de la unidad, le siguió la de la incertidumbre, aproximadamente entre 1962 y 1965. Y que a partir de ese momento, un optimismo que venía creciendo de forma consistente, a la sombra de los grandes acontecimientos, adquiere una mayor entidad, una vez que la derrota política y militar de la izquierda luce irreversible.

III

A mediados de los años sesenta comienzan a producirse una serie de procesos de enorme significación para los medios de comunicación, y diría que de forma más específica, para el ejercicio del periodismo. Le llamo la fase de institucionalización del periodismo venezolano, que es una larga temporada que, grosso modo, ocupa casi dos décadas, desde comienzos del año 1964, al inicio del gobierno de Raúl Leoni, hasta finales de 1982, un año antes de que Luis Herrera Campins finalizara su polémico mandato.

¿A qué llamo la institucionalización del periodismo venezolano? En primer lugar, a la lenta conformación de una práctica basada en géneros periodísticos diferenciados y nítidos. Hasta el final de la dictadura, por lo menos en el caso de *El Nacional*, que conozco en detalle, el relato periodístico tenía una gran dependencia de lo que el periodista veía y oía, al modo de los primeros cronistas de Indias. O en su defecto, de lo que otro veía y oía, y lue-

go le narraba al reportero. Salvo las noticias internacionales, que seguramente eran ediciones de lo que llegaba por tele-tipo, los diarios venezolanos estaban atravesados por el dulce y el amargo de la crónica personal, del adjetivo voluntarioso, de los largos titulares que son connaturales a quienes no dominan el potencial de la prosa.

No sólo comienza a perfeccionarse la entidad, el perfil, la compactación del relato periodístico, sino que la especialización comienza a extenderse. Los periodistas viajan dentro y fuera de Venezuela. La modernización del mundo y del país se convierte en un tema que las noticias deben reportar. Aparecen los grandes entrevistadores. Las ráfagas del Nuevo Periodismo encuentran sus devotos y magníficos ejecutantes. Se aprende a trabajar con múltiples documentos y fuentes. Las empresas se convierten en fuente, así como también los gustos y el tiempo libre de los lectores.

Esto propongo a los investigadores como una posibilidad a considerar: en esos años, aproximadamente de 1965 a 1982, se hizo un esfuerzo considerable porque la comunicación no sólo fuese correcta, sino también, en el sentido voluntarioso de la palabra, honrada.

He dicho honrada y me refiero a lo siguiente: los medios de comunicación y sus hombres fueron las piezas que en el espacio público condensaron, multiplicaron e irradiaron todos los relatos posible e imaginables sobre el optimismo. El éxito como respuesta al esfuerzo de individuos y causas; la promesa de una vida mejor como un beneficio posible y real para muchos; los récords, los incrementos, los galardones, los triunfos inauditos: las páginas de nuestros diarios se fueron poblando de héroes de todas las dimensiones y ámbitos.

En 1971 el petróleo había cruzado la barrera de los 2 dólares por barril. En 1978 el mismo barril había subido su precio a 12 dólares. En 1974 los ingresos y el presupuesto nacional triplicaron los del año anterior. Nacionalizábamos el hierro, el petróleo, fundábamos PDVSA. Hablábamos de acero, de carbón y de trenes. Bailábamos en El Poliedro de Caracas. En el año 1978 un pool de bancos suizos dijo que éramos el país con la mayor renta per cápita del mundo. Cuando el 7 de noviembre de 1982 se inauguró la Plaza Caracas, un reportero de *El Nacional* la comparó con la Plaza San Marcos. La idea de que Venezuela era el mejor país de América Latina tuvo su apogeo mayor y más reiterado por la interpretación y el voceo de

66

¿A qué llamo la institucionalización del periodismo venezolano?

En primer lugar, a la lenta conformación de una práctica basada en géneros periodísticos diferenciados y nítidos. Hasta el final de la dictadura, por lo menos en el caso de El Nacional, que conozco en detalle, el relato periodístico tenía una gran dependencia de lo que el periodista veía y oía, al modo de los primeros cronistas de Indias.

99

medios y periodistas. La noticia que nos advirtió en 1964 que en Caracas había 70.000 ranchos nunca constituyó una advertencia significativa. Si cualquiera revisara los periódicos de aquellos años sentiría, especialmente desde la perspectiva de hoy, el contraste: una sonrisa ingenua, despreocupada, afirmativa, no sé si por momentos evasiva, atravesaba el país y nuestra Democracia.

Aquellos medios prendados y cautivos del optimismo nacional permitieron que un punto ciego se instalara y creciera en el corazón mismo de sus miradas. Datos significativos, ominosos y de explosivo potencial social y político, permanecían, no ajenos, sino reflejados parcial o fragmentadamente. Al reverso de la sonrisa nacional, y esta es una responsabilidad histórica de los medios de comunicación, se fue reproduciendo otro país lesionado, jodido y ausente del debate público. Lo gravoso de esta asimetría lo entenderíamos mucho más tarde: mientras nos celebrábamos unos a otros, mientras vivíamos del intercambio y reciclaje de nuestras pequeñas glorias patrias, en Venezuela crecía la pobreza en silencio.

IV

En principio, no parece haber sido una amenaza que todo el país comprendiese o aceptara del todo. Sólo muy pocos se habían percatado que estábamos navegando sobre peligroso mar de fondo. En octubre de 1982 el gobierno dijo que el bolívar estaba duro y sólido, y también, que la estabilidad cambiaria estaba garantizada. El 2 de enero de 1983, un síntoma tan grave como el anuncio de un bono alimenticio, deja de ser noticia a los dos días.

En los días previos al llamado viernes negro el gobierno hace una serie de desmentidos: todo está bien, bajo control. Cuando se anuncia la devaluación y la instauración de un control de cambios el viernes 18 de febrero de 1983, se produce lo que he llamado para titular esta reflexión, la raya en la retina.

Comparto la idea de quienes sostienen que en el viernes negro se produjo la fractura mayor de nuestra Democracia, y que todo lo que ha ocurrido a posteriori son las secuelas de la misma caída. Añadiría que todavía faltan muchas páginas, pensamientos y estudios que midan el alcance de este terremoto económico, moral y de la credibilidad del ciudadano, no sólo hacia las instituciones, sino mucho más allá, hacia el propio país de sus optimismos.

Esto lo digo luego de haber pasado muchas horas revisando el episodio en archivos de prensa: el periodismo venezolano parece haber cambiado ese día. No temo hacer semejante afirmación. Las entrevistas a los personeros gubernamentales se hicieron agrias, mordaces, requisitorias. Los reporteros se careaban con las autoridades. Comenzaron a trabajar bajo el supuesto de que siempre mentían. Los artículos de opinión de la época hablan de descalabro, de resquebrajamiento de la confianza, de burla y abuso del poder sobre los ciudadanos en desventaja informativa.

Y en un contexto que reclamaba la urgente modernización del Estado, los medios de comunicación parecen haber acuñado la metáfora que desplazaría e invadiría con notoria rapidez y virulencia, el lugar que hasta entonces había ocupado el optimismo: comienza en 1983 el corrosivo proceso de desconfianza de los ciudadanos hacia sus instituciones, y también, hacia todo aquello que pudiera resumirse en el ejercicio de la política y el gobierno.

Des crédito. Instituciones manchadas. Desvenguerza: la terrible sensación de que todo vocero es un caradura, un poderoso que miente con ventaja y premeditación. Es inevitable recordar aquí la memorable en-

trevista que José Ignacio Cabrujas le concedió a un equipo de la Comisión Por la Reforma del Estado (COPRE), cuando expuso su tesis del Estado del disimulo. Dijo Cabrujas: "El concepto de Estado es un truco legal que justifica formalmente apetencias, arbitrariedades y demás formas del 'me da la gana'. Estado es lo que yo, como caudillo o como simple hombre de poder, determino que sea el Estado".

Fue sobre la percepción de que había algo descompuesto y que beneficiaba sólo a unos pocos, que había una insalvable brecha entre las palabras y los hechos, que los medios fueron convirtiéndose en una de las vanguardias políticas del siglo XX venezolano.

V

Mi percepción es que los medios de comunicación dan inicio a una actividad política propia y consistente, sobre la plataforma del beneficio social que entraña la existencia de un potente periodismo de denuncia. Tengo el sentimiento de que a lo largo de los años ochenta, además de mostrar la realidad noticiosa del país, aparecieron las temáticas y los comportamientos, la mecánica y la economía que hace posible que la institucionalidad que constituye todo medio de comunicación, reformule su visión de su papel en la sociedad, modifique su código empresarial y deontológico, y conciba y ejecute sus propias campañas informativas y editoriales.

De 1983 a 1989 los medios de comunicación y otras instituciones como las universidades y algunos centros de investigación, produjeron un discurso demoledor sobre el poder y las instituciones del Estado venezolano. Todo fue puesto en entredicho. Frente a un poder que se resistía a la descentralización, los medios junto a los actores regionales y la sociedad civil, tomaron el testigo hasta que lograron, en dos momentos distintos, que alcaldes y gobernadores fueran escogidos democráticamente. Esos años fueron el laboratorio, si la expresión me es permitida, que mostró que la opinión de los medios era poderosa, y por lo tanto, podía ser ejercida constructiva, pero también corrosivamente.

Vivíamos bajo la metáfora del desencanto (no éramos ricos; no éramos distintos al resto de América Latina; no teníamos nada seguro realmente), cuando un día, según nos dijo una valiosa encuesta que hizo entonces, 99% de los venezolanos fuimos sorprendidos por el Caracazo.

Sólo seis años después de la primera gran crisis de Punto Fijo, la debacle de

1983, se produce la que en mi comprensión es el siguiente episodio que termina por estremecer y hacer francamente débil y complejo, el posible pacto de convivencia entre los medios de comunicación y el sistema democrático.

Me ha costado mucho pensar, y por supuesto escribir, esta conclusión: lo sustantivo de los hechos del 27 y el 28 de febrero de 1989 va mucho más allá de lo que podríamos acopiar haciendo uso de la palabra violencia. Mi idea del trasfondo es otra: creo que de un desencanto profundo y casi sin perspectivas, pasamos, ni más ni menos, que a la adopción de la metáfora de la muerte, es decir, que en lo sucesivo, el debate y la solución de los problemas de Venezuela, pasaría de forma ineluctable por la muerte de unos por la acción de otros.

Tal es la terrible raya que se ha dispersado por la mirada y el pensamiento, no sólo de los medios de comunicación, sino de todos los venezolanos. Desde 1989 vivimos bajo la aprehensión de que algo malo, muy malo y fraticida, ocurrirá en cualquier momento en Venezuela. No hay que visitar ningún archivo o biblioteca para constatar lo que digo. Alguien podría decirme que esto es algo que no está en la vida cotidiana de todos nosotros. Yo le contestaré que el mayor escándalo de nuestra vida pública es el nivel de aceptabilidad y costumbre que hemos permitido crecer en cada uno de nosotros, frente a la posibilidad de morir, considerando las tremendas amenazas que penden sobre todo acuerdo que se proponga en Venezuela.

La derrota del bipartidismo en 1993; La discusión sobre la llamada Apertura Petrolera; los dos golpes de Estado; El juicio a Pérez; El juicio a Lusinchí, Ciliberto y compañía; Las bombas del año 93; El carro bomba en el CCCT; La caída del Banco Latino y la crisis financiera; El Indulto a Chávez; La prisión de Pérez; Los controles de cambio; Las tragedias de San Román y de Terrazas del Ávila; La inflación de 1996 que alcanzó 106%; El debate sobre la retroactividad de las prestaciones sociales; El caso Samana; El sainete de las candidaturas para enfrentar a Chávez; La tensión que generó la experiencia de la Asamblea Nacional Constituyente; Las leyes habilitantes; Vargas; Cariaco; La transitoriedad; La supra constitucionalidad; La suspensión de las elecciones; Los círculos bolivarianos; Los hechos de Abril; Los paros; La politización y destrucción de PDVSA; La intervención de la Policía Militar; Los crímenes políticos que se han venido cometiendo en Venezuela; la colusión de los poderes públicos.

Desde 1989, esto no ha sido otra cosa que vértigo y lluvia incesante de meteoritos. Tenemos catorce años metidos en la vorágine, sin tregua, sin descanso. No podía ser de otro modo: junto con el país, los medios de comunicación hemos vivido una crisis extraordinaria, que me permito describir como huida hacia delante: más endurecidos; con mayores dificultades para escuchar al país; más protagónicos; más firmes en la defensa de lo que creemos son nuestros derechos amenazados, pero también más proclives al error, a la afirmación injusta, a la acusación indebida, al sesgo, al debilitamiento de las fronteras entre los géneros.

Esto concluyo: hemos hecho aportes significativos a la Democracia desde 1958 al día de hoy. Hemos capturado y potenciado, adoptado y proyectado, las grandes metáforas de la vida pública venezolana, tal como ellas han venido sucediéndose, sustituyéndose, unas a otras: unidad, incertidumbre, optimismo, desconfianza, violencia y muerte.

La naturaleza de nuestros errores, desde el viernes negro a esta fecha, no pertenecen al reino de la escasez sino del exceso. Más que actores políticos e institucionales, hemos asumido los códigos y las conductas de las vanguardias políticas. Frente a las amenazas y las debilidades que han mermado las energías del sistema democrático para enfrentar todo aquello que la debilita, los medios nos hemos desplazado de nuestro centro y, con mucha frecuencia, nos hemos descubierto actuando en la periferia o más allá de lo que razonablemente podemos definir como nuestra razón de ser.

Las encuestas, las indagaciones cualitativas sobre la opinión y los sentimientos de las personas, las expresiones comunes del ciudadano, no dejan lugar a la duda: hace ya mucho rato que llegó el momento de revisarnos. Acepto que son considerables las razones que han empujado a periodistas y medios a fortalecer sus posiciones. Pero hay un reclamo sustantivo de la democracia que no puede ser desatendido. Si los medios no cambiamos (lo cual no quiere decir volver al pasado), correremos un riesgo enorme: que nuestro balance termine en rojo, es decir, que la sociedad llegue a la conclusión de que nuestros aportes han sido menores a los daños ocasionados. Esto digo para concluir: o nos revisamos o nos convertiremos en la raya más gruesa y amorfa en la retina del ciudadano.

■ **Nelson Rivera**
Analista político

